

María Cecilia Tonon
Universidad Nacional del Litoral

El discurso sadiano: manifestación de la degradación social que desestabiliza el orden imperante

El presente artículo analiza la producción literaria del marqués de Sade como un sistema de pensamiento destinado a justificar y a defender su caída social en el marco de la sociedad francesa del siglo XVIII. La investigación tiene por objetivo abordar el estudio de las condiciones que influyeron en el desarrollo literario de Sade y cómo su discurso se transformó en instrumento de exaltación del descrédito social.

215 { texturas 8-8

The following article deals with Marquis de Sade's literary production as a set of ideas bound to justify and defend his social deterioration within the French society of the XVIII century. This research is meant to study the conditions which influenced Sade's literary production and how his discourse became an instrument to extol social discredit.

1. Introducción

Abordar el discurso sadiano¹ como manifestación dirigida a transformar el desclasamiento en desestabilización del orden imperante, implica ahondar en una serie de cuestiones que se vinculan básicamente con dos aspectos desarrollados a lo largo del artículo: por un lado, el análisis de las condiciones sociales que intervienen en la conciencia literaria de Sade, y, por otro, el estudio de su discurso en el marco de su producción e interpretación, es decir, teniendo en cuenta el contexto de la realidad social en que se encuadra.

La propuesta metodológica intenta rehacer las representaciones por medio de las cuales se puede reconstruir el mundo interior del marqués de Sade. Para ello se apoya en el análisis isotópico, sin pretender ahondar en el estudio exhaustivo de la estructura léxica, sintáctica o semántica de los textos. Por otra parte, el análisis intenta ver cómo funciona el discurso sadiano en su contexto de producción e interpretación.

El estudio está dividido en tres partes, de acuerdo con el tipo de análisis isotópico que pretendemos llevar adelante. En primer lugar se aborda el contexto social en que se produce la obra sadiana; luego se estudia de manera específica el quehacer literario y finalmente la obra de Sade en función del análisis formal y semántico de los textos seleccionados.

2.

Toda manifestación discursiva implica una suerte de subjetivización. Podemos hablar de puntos de vista, interpretaciones, ideologías, pero lo cierto es que más allá de estas rotulaciones, el discurso es una suerte de objeto construido, elaborado por la conciencia de su autor.²

Un texto literario está definido por dos puntos de vista diferentes y asimétricos, dos caras de una misma moneda. Simulando la imagen de un monstruo con dos cabezas, así se yergue la presencia del autor fortuito con respecto al otro autor, el verdadero, separado por una brecha interpretativa e ideológica en el que la figura del autor como origen se pierde, se desfigura, está ausente. (Altamirano, C. y Sarlo, B., 1983: 64-65) Pero si bien el autor real, se pierde en las maquinaciones propias de la creación literaria, hay un hecho puntual que determina que el producto literario desplace su centralidad a las condiciones de producción, y ese hecho lo produce el apuntalamiento ideológico³. La actividad literaria se define en función del carácter de su práctica y es por eso que se trata de una construcción ideológica. La conciencia no entra en contacto con lo real sino a través de los distintos puntos de vista que corresponden a las formas colectivas de la conciencia social.

Cada sociedad invierte en un modelo cultural –o varios modelos según sea el caso de sociedades altamente estratificadas o jerarquizadas– que le es propio. Desde la elaboración de este modelo, el material literario interviene aportando, mezclándose y distinguiéndose. En este sentido, el sistema literario no es algo estático sino más bien lábil, y su característica primordial es la capacidad para interrelacionarse con el

resto de los discursos sociales. De modo tal que, así como la literatura se alza como vehículo para el análisis social, los textos son una práctica social cuyos procesos de producción y de interpretación están condicionados por las relaciones sociales y por el contexto. Esto es fundamental porque lo que pretendemos analizar en este artículo es, precisamente, las condiciones sociales que han inculcado un “habitus”⁴ a la persona de Sade.

Inferimos que las circunstancias que rodean a Sade desde su nacimiento y a lo largo de su vida adulta, y de las cuales él también es agente, desembocan en la persecución, condena y muerte social del marqués. Es por eso que nos es imprescindible revisar parte de su biografía para corroborar la influencia del entramado social sobre el escritor.

Donatien-Alphonse François nace en París el 2 de julio de 1740, de antigua nobleza provenzal por parte de su padre, y ligado por su madre a la rama menor de la casa de Borbón⁵. Es marqués y más tarde conde de Sade, señor de La Coste y de Saumane, co-señor de Mazan, teniente general en las provincias de Bresse, Bugey, Valromey y Gex, y maestro de campo de caballería.

Pertenecer al grupo que ocupa el vértice de la pirámide social francesa le va a asegurar un prestigio y comodidades significativas para llevar una vida plácida y despreocupada. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el estamento nobiliario para esta época no es homogéneo ni estático. A lo largo de todo el siglo XVIII, la riqueza y las condiciones de civilidad (esta última en menor medida) van a incidir en la determinación nobiliaria, de tal modo que muchos de los antiguos nobles van a quedar subordinados ante la aparición de nuevas jerarquías (Serna, P., 1992: 45). Esto ocurre con la familia Sade, y se ve multiplicado con los desbordes producidos por el vástago menor de la familia, el joven Donatien.

Cuatro meses después de su matrimonio y con tan sólo 22 años de edad, se desata el primer gran escándalo en el que se ve envuelto Sade. A raíz de las declaraciones de la víctima, es arrestado en Vincennes por orgías excesivas, agravadas por impiedades que ofenden gravemente a su joven esposa y a Dios. Asimismo, se le cuestiona un “desgraciado libro”, junto con otras imágenes obscenas encontradas en el lugar del delito⁶. En abril de 1768 se lo procesa por abuso de libertinaje y es detenido y arrestado en la prisión de Saumur y luego derivado a la cárcel de Pierre-Encise. Durante su estadía en el Sur de Francia (1772), más precisamente en Aix-en-Provence, se ordena su arresto, junto con el de un criado por los crímenes de envenenamiento y sodomía. Se los condena a la pena de muerte, pero al no encontrar a los acusados se ejecutan las condenas siendo reemplazados por dos maniqués, procedimiento muy común para la época moderna y que trae aparejado la “muerte civil” del condenado (Pauvert, J. J., 1989). Finalmente, él mismo recordará en su diario los arrestos sufridos en los últimos procesos: Vincennes, febrero de 1777 y septiembre de 1778; traslado a la Bastilla en septiembre de 1784, hasta el 3 de julio de 1789 y finalmente a Charenton, donde muere en 1814 (Sade, 1982: 177). Todos estos procedimientos punitivos coadyuvan a que los hechos se hagan públicos⁷, cobren popularidad, y el nombre del marqués aparezca vapuleado en los distintos ámbitos cortesanos.

Sade escribe desde la cárcel, y es ésta su fuente de inspiración, ya que ve en las letras la válvula de escape al encierro, a la soledad, a la desidia. A través de la escritura logra apartarse del desconsuelo que es su propio destino, que ya no le augura las delicias de la vida nobiliaria ni de los privilegios en los que se ha refugiado. Llegados a este punto, podemos plantear dos observaciones: por un lado, la prisión, que es una tortura que debe soportar día a día y que intenta mitigar manteniendo su mente ocupada; en una honesta comunicación a su abogado y confidente Gaufridy, confiesa que “la sociedad es necesaria”, que lo ha sentido durante su prolongado aislamiento, y sufre una desesperada ansiedad por hablar, por transmitir sus ideas acumuladas durante largos años en su cabeza. (Sade, 1982: 265) Por otro lado, la urgencia permanente por escribir; Sade se encuentra presionado, demasiado forzado a defenderse:

“Desde entonces, la sensible señora de Sade no quiere verme. Otra hubiera dicho: Él sufre; hay que enjugar sus lágrimas. Esta lógica del sufrimiento no ha sido la suya. No he perdido bastante; ella quiere arruinarme; pide la separación. Con ese procedimiento inconcebible va a dar la razón a todas las calumnias lanzadas en mi contra; va a cubrir de desdicha y de oprobio a sus hijos y a mí”.
(Sade, 1982: 260)

Sus escritos son una protesta escandalosa contra los abusos cometidos hacia su persona por la familia de su mujer, y por un sistema político que ha sembrado las condiciones sociales para que él termine donde terminó: en el margen del sistema social y político, en un sitio para locos, que es desde donde escribe.

3.

Las perversiones imaginadas y descritas por Sade en su obra sólo pueden entenderse en el marco de un imaginario que es el reflejo de un desclasamiento humillante. Esta decadencia social la vive el autor públicamente y, por ende, la sufre como un escándalo social que lo muestra casi como un forajido. El imaginario sadiano responde, entonces, a dos formas básicas de expresar las circunstancias adversas que ha tenido que atravesar el hombre Sade: a través de la aprehensión a ultranza a los privilegios aristocráticos (y por lo tanto la negativa a la marginación de la que ha sido objeto) y, una vez asumida la caída social, a partir del reclamo y el recelo del ocaso de un régimen que no le garantiza ya una posición privilegiada. Ambas formas se entremezclan en la obra sadiana, intercalándose según el grado de abandono y desesperación vividos durante los momentos de reclusión.

La manifestación de los privilegios aristocráticos puede advertirse en el despliegue de distintos recursos. Por una parte, en el dispositivo escénico donde se desarrollan las orgías sadianas: todas ellas se desenvuelven en espacios que refieren a un pasado señorial y que podemos resumirlos en la imagen del castillo, el ámbito privilegiado donde transcurren los actos; pequeños o grandes, austeros o suntuosos, pero castillos

al fin, en ellos el autor materializa la única vivienda que conoce a fondo, y así aparece el castillo del Señor de Bressac de *Los infortunios de la virtud*, el castillo donde se instala el delicioso tocador de la *Filosofía*, el castillo de Minski en *Juliette*, entre otros.

Como Watteau o Marivaux en la pintura⁸, Sade refleja la paz del ámbito campesino, alejado del gran mundo de la corte, “imagen utópica de una vida mejor, más libre y natural en el pasado” (Elías, N., 1996: 297). Pero no recupera este ámbito insertándolo en el comentario de situaciones melancólicas e idílicas, sino que lo hace a través de pinceladas que transmiten las perversiones, las anomalías realizadas en esos lugares por una sociedad en decadencia. El escritor no hace más que referir esto que vive en carne propia: la declinación de una aristocracia rural que se ve reducida cada vez más a lo poco que le queda de su antiguo prestigio señorial: un castillo, un emblema, unas pocas hectáreas de tierra. A partir de allí, infiere Sade, tiene que *aggiornarse* a los cambios impulsados por el absolutismo o desaparecer lentamente al ritmo de la coerción. Es por eso que no puede expresarse de otro modo que no sea por medio de un tipo de lenguaje que manifieste a través de la rebeldía lo que ha tenido que sobrellevar.

Por otra parte, es notable cómo esta apelación a la aristocracia se renueva insistentemente en sus escritos epistolares o diarios íntimos. De su *Diario* tenemos conocimiento de la queja, la ofuscación del marqués por el trato que recibe en prisión, siendo él de condición noble:

“A la señora de Sade (Vincennes, junio de 1783)

Decidme, por favor si mi comadre Cordier o mi compadre Fouloiseau no quieren que yo tenga camisas. A los prisioneros del hospital se les niega la ropa blanca, más no a mí, ¿cómo se nota vuestra bajeza, la de vuestros padres? Mi amiga, cuando olvidé lo que era, el punto de desear venderos lo que soy, era para daros camisa y no para quitárosla. Acordaos de esta frase, vos y vuestro séquito, hasta que la haga imprimir” (Sade, 1982: 244)

219 { tonon

Estas palabras son fuertemente esclarecedoras por varios puntos. En primer lugar porque claramente expresan una reivindicación de sus privilegios a pesar de la situación en que se encuentra (a cualquier preso le pueden negar las camisas, pero no a él); en segundo lugar, porque manifiestan la diferenciación social que instala Sade entre su linaje y el de su esposa, y los que como ella pertenecen a la nueva *nobleza de toga*; y en tercer lugar, porque sin miramientos ni remilgos, le dice directamente a su esposa que recuerde muy bien que cuando la desposó, contribuyó a brindarle un aval dentro de la nobleza. Y colma el significado cuando culmina diciendo que a esto lo hará público, es decir, lo escribirá y lo imprimirá. Y aquí se resume el objetivo de la obra sadiana: denunciar los sofismas de una sociedad que, encaramada en la estructura de la civilidad cortesana, protege lo que condena. Asimismo, se puede observar la importancia de la letra impresa, y el temor por un lado y la trascendencia por otro que tiene la literatura como denuncia.

Tomamos contacto de esta manera con la segunda de las formas básicas del razo-

namiento sadiano, que tiene que ver con la denuncia de un régimen que lo relega a la incuria y ya no le asegura el disfrute de su inmunidad nobiliaria.

No sabemos a ciencia cierta si Sade es consciente de su caída social. Sí podemos dar fe de que la sufre, por las penurias económicas en que se ve envuelto desde joven y a lo largo prácticamente de toda su vida adulta; por otra parte, también la ha de sentir luego de las distintas persecuciones y arrestos que lo incriminan como un canalla.

Lo cierto es que tanto sufrimiento y tanta condena acumulados estallan en una delación contra quienes ejecutan las acciones que derivan en la muerte social del marqués, esto es, su suegra y todo su “séquito”, como referentes de los cambios organizados por el Estado absolutista. Y lo hace a través de una intrépida referencia a la sexualidad que se manifiesta en la escritura.

El marqués va a hacer de su sexualidad una ética, bastante turbadora e inaudita, que le permite descubrir una sociedad que, tras las máscaras del decoro y del virtuosismo, asegura el mantenimiento de las perversiones. Entonces, nada mejor que un mecanismo discursivo que, salido del enclaustramiento, le permite viabilizar la palabra liberadora: voluntad de saber, voluntad de infringir una prohibición, éstas son las diatribas sadianas.

4.

220 { texturas 8-8

Sade logra construir un dispositivo discursivo en el que las pulsiones sexuales, su tópico predilecto, reflejan las situaciones derivadas de un conflicto con el poder. El autor siente una particular fascinación por los personajes maléficos, por aquellos a quienes su egoísmo y su condición social privilegiada garantizan una casi impunidad y la posibilidad de corromper o dominar mejor a los demás. Todo esto a partir de un centro motor que tiene que ver con la exaltación de los deseos.

La conciencia libertina comete el error de convertir el amor al prójimo, esa constante en Sade, en un amor-odio del prójimo. Las fórmulas de vaciamiento de la noción de prójimo en los héroes sadianos suponen la abolición de los deberes hacia él, y por consiguiente, la exclusión de su sensibilidad. Esto da como resultado el libre curso de las fuerzas disolventes descritas por el autor, es decir, las perversiones, las anomalías, los delitos. Nuestro autor enciende el candor de los diálogos de sus personajes a partir de los impulsos encerrados en el individuo, que sufre tanto como querría hacer sufrir al prójimo. Pierre Klossowsky esclarece esta tendencia cuando escribe que:

“la dosis de crueldad con que la naturaleza ha provisto más o menos a cada individuo no sería, pues, sino el impulso contrariado del deseo con el cual cada uno se identifica en el egocentrismo primario, como si fuese su agente exclusivo, cuando este impulso tendería a destruirlo tanto como tiende a la destrucción de los otros”. (Klossowsky, P., 1970: 100)

Este es el tema principal de las obras de Sade: el hombre egoísta jamás caerá en

desgracia, y sobre todo, será feliz al máximo y lo será siempre, sin excepción. Sade tiene la certeza de que el ser humano, hecho a imagen y semejanza de la naturaleza, no es bueno; por lo tanto, todo aquel que sigue el camino originario, el sendero del instinto de conservación narcisista y salvaje, vive plenamente feliz, ya que de esa forma está siguiendo la ley de la naturaleza.

La felicidad de los personajes sadianos refleja el programa del primado del placer (Freud, S., 1968: 155-158). Un placer que parece desmentir la fachada engañosa de un yo limitado y seguro. Lo que se propone Sade es disociar del yo todo aquello que pueda convertirse en fuente de displacer, a expulsarlo de sí, a formar un yo puramente hedónico, un yo placiente, enfrentado con un no-yo, con un exterior ajeno y amenazador. Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone. Así, las facultades de felicidad están ya limitadas, en principio, por nuestra propia constitución. El sufrimiento amenaza al hombre al menos por tres flancos: desde el propio cuerpo (decadencia o aniquilación); desde el mundo exterior (las fuerzas destructoras de la naturaleza) y desde las relaciones con otros seres humanos. Sade lo sabe y lo confirma:

“... ¿qué más le da a la naturaleza, cuya fuerza creadora jamás se detiene, que esa masa de carne que hoy conforma el cuerpo de una mujer, mañana se reproduzca bajo la forma de mil insectos diferentes? (...) Cuando se me demuestre la sublimidad de nuestra especie, cuando alguien me haya probado que es tal su importancia en la naturaleza que si la destruye se altera el cumplimiento de sus leyes, entonces podré creer que dicha destrucción sea un crimen; pero mientras el estudio detenido de la naturaleza me pruebe que todo lo que habita sobre la tierra, hasta la más imperfecta de sus obras, tiene el mismo valor para ella, daré por sentado que la mutación de esos seres en otras mil formas diferentes puede entorpecer sus leyes”. (Sade, 1982: 50)

221 { tonon

Esta frase introduce también un aspecto importante que tiene que ver con la lectura que Sade hace sobre la sacralización de la naturaleza propuesta por la Ilustración. Fuertemente influido por los principios materialistas, Sade indica que la materia contiene en sí todas las formas, la facultad de sentir, de pensar, y no hay nada que permita admitir un agente fuera del mundo material que movilice los sentidos, la memoria, el pensamiento.

Lo que el autor invoca es un juego con esos enunciados, y los deriva en una sustitución de Dios por la naturaleza. Para Sade no hay un Dios todopoderoso, como tampoco cree necesario prestarle tanta atención a lo que él infiere que es una hipótesis religiosa carente de todo sustento evidencial. Sólo el desconocimiento de las fuerzas naturales plantea la necesidad de recurrir a Dios. Por esa misma razón descrey y reniega de las lecciones morales que pretende inculcar la Iglesia y el Estado. Esta es la razón de su ateísmo. La religión, la iglesia, los curas, encarnan en Sade todas las formas de su odio, porque en todas estas construcciones se encuentra la presencia

de un Dios omnipotente, que le refleja cuán pequeño e indefenso es el hombre frente a su creación, que le muestra la nada del ser humano, su triste oquedad.

No por esto Sade parece bajar los brazos a su designio de ser feliz, al menos trata de acercarse de cualquier modo a su meta. Para independizarse del mundo exterior y buscar soluciones alternativas a las imposiciones culturales, la imaginación es el instrumento fundamental. En sus escritos, la realización de todas aquellas acciones prohibidas por la moral de la época⁹ le sirven de refugio fugaz a los azares de la existencia. Cada obra que Sade construye genera una permanente negación de la realidad, porque para él lo exterior representa un peligro constante. Construye una teoría en la que expresa que la felicidad del hombre se funda en el amor de sí mismo. Y es la sexualidad el espacio perfecto para el desarrollo de esta teoría personal del placer¹⁰.

La religión y el Estado absolutista, como exponentes del mundo externo, vienen a perturbar este libre juego de elección y adaptación a las formas del placer, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Su técnica es la tecnología política de los cuerpos¹¹. Sade se enciende contra aquello que es lo más sagrado o protegido por las leyes civiles y religiosas del momento, porque constituye el factor fundamental por el que ha tenido que sufrir largos períodos en prisión, y porque cree que es el principal fantasma de la infelicidad humana.

Con un pesimismo que lo caracteriza, Sade repudia más que nada el padecimiento. Piensa que la sociedad subordina a quienes tienen la osadía de no renegar de su singularidad. Es por esta razón que ataca todos aquellos prejuicios que condenan a la persona a la sumisión absoluta de sus deseos más íntimos. Desprecia la colectivización de los sentidos, la regulación de los sentimientos y el cercenamiento de la libertad de cada uno en función de proyectos masivos y futuros. En esa dirección apunta sus palabras celosamente escogidas:

“... la naturaleza no tiene dos voces, de las cuales una tenga la misión de condenar diariamente lo que la otra inspira, y es muy cierto que es a través de su órgano como los hombres apegados a esas manías reciben los impulsos que los conducen hacia ellas. Aquellos que quieren proscribir o condenar este gusto pretenden que es contrario al crecimiento de la población. ¿Qué mediocres son, esos imbéciles que no tienen en la cabeza otra idea que no sea la de la población y que sólo ven el delito precisamente en todo lo que se aleja de él!”
(Sade, 1982: 109)

Si en la escala de delitos y pecados se alzan, en primer término, aquellos que atentan contra la procreación, pues bien, son el plato fuerte de las orgías que repite sin tregua. Vamos a transcribir aquí una parte importante de los tantos diálogos que aparecen sobre esta cuestión en el libro *Filosofía en el tocador* :

Dolmancé: “... Si, a pesar de todo, vuestra Eugenia quisiese el análisis de los gustos del hombre durante los actos de libertinaje, a fin de examinarlos muy

someramente, nos limitaremos a tres: la sodomía, las fantasías sacrílegas y el gusto por la crueldad. La primera pasión es hoy una práctica universal; (...) Se la divide en dos clases, la activa y la pasiva: el hombre que penetra a una persona, ya sea a un joven o una mujer, es sodomita activo; se es pasivo cuando uno es penetrado. A menudo se discute cuál de esas dos formas de sodomía es la más voluptuosa" ... "es tan dulce cambiar de sexo, tan delicioso actuar como una ramera, entregarse a un hombre que nos trata como una mujer, llamar amante a ese hombre, confesarse su querida..." (Sade, 1997: 78)

Aparecen asimismo, como corolario del delito y el pecado que Sade quiere remarcar, los actos de homosexualidad, de incesto, la prostitución y el adulterio. Es notable en todos estos casos cómo nuestro autor juega con las miles de posibilidades que le ofrece la metáfora, de manera tal que el significado de las palabras que referencian los hechos sexuales prohibidos por la moral de la época se ven subvertidos con el objeto de descalificarla, de privarla de su manto de verdad. Así aparecen en la *Filosofía*, diálogos como los siguientes:

Eugenia: ¿A qué te refieres cuando dices puta?

Sra. De Saint-Ange: Así se llama, preciosa, a las víctimas públicas del libertinaje de los hombres, siempre dispuestas a entregarse a su temperamento o a su interés; mujeres dichosas y respetables, a las que el mundo condena pero que la voluptuosidad corona, y que, mucho más necesarias para la sociedad que las mojigatas, tienen el valor de sacrificar, en su servicio, la consideración que injustamente les niega esta sociedad. Vivan aquellas a quienes honra este título." (Sade, 1997: 35)

223 { tonon

Y en otro pasaje:

"Sra. de Saint-Ange: ...No temas el infanticidio: este crimen es imaginario; somos dueñas de todo lo que llevamos en nuestro seno, y no es mayor el mal que hacemos al destruir este tipo de materia que el que se realiza purgando al otro a través de medicamentos, cuando tenemos necesidad de ello.

Eugenia: ¿Y si el niño se encuentra a término?

Sra. De Saint-Ange: Si ha venido al mundo, siempre seremos dueñas de destruirlo. No hay en el mundo un derecho más incuestionable que el que tiene la madre sobre sus hijos. No hay pueblo que no haya reconocido esta verdad: en principio, está basada en la razón." (Sade, 1997: 80)

Este último diálogo nos abre la puerta a dos aspectos importantes en la obra sadiana: por un lado, la noción de incesto, y por otro, la idea de crimen. El primer aspecto nos seduce como elemento desestructurador de las relaciones familiares y sociales en la cultura occidental, como así también por el papel central que cobrará en los

estudios antropológicos, sociológicos y del psicoanálisis de los Siglos XIX y XX. En este sentido, podemos decir que Sade destruye las condiciones que impone el Edipo freudiano¹², la idea de la familia exogámica, condición de una sexualidad aceptable para la modernidad¹³. Así, el maestro libertino, Dolmancé, justifica el incesto como “la más dulce alianza de la naturaleza”, y como objeto del placer:

“...Interrogemos a ese sagrado órgano y reconoceremos que no hay nada más delicado que la unión carnal de las familias; dejemos de engañarnos respecto de los sentimientos de un hermano hacia su hermana, de un padre hacia la hija. En vano unos y otros lo disfrazan bajo el velo de un legítimo sentimiento que los inflama, es el único que la naturaleza ha puesto en sus corazones. Dupliquemos, tripliquemos entonces, sin temor a nada, esos deliciosos incestos, y convenzámonos de que cuanto más próximo a nosotros esté el objeto de nuestros deseos, mayores encantos encontraremos al gozarlo.”
(Sade, 1997: 67)

No todas las formas incestuosas tienen la misma importancia en Sade. Mientras que las relaciones edípicas entre madre e hijo se ven desfavorecidas, la relación padre-hija es fuertemente exaltada. Tampoco las filiaciones hermanos y hermanas son relaciones que le quitan el resplandor a las de padre e hija. Y esto implica, como el final de la *Filosofía*, la muerte de la madre.

224 { texturas 8-8

“Parte de la legitimidad de esos principios, Eugenia, y rompe tus cadenas al precio que sea; desprecia las vanas amonestaciones de una madre imbécil, a quien, legítimamente, sólo le debes el odio y el desprecio. Si tu padre, que es un libertino, te desea, que sea en buena hora; que goce de ti, pero sin encadenarte”. (Sade, 1997: 47-48)¹⁴

Esta exaltación del incesto, la negación de la exogamia, el deseo de que todo quede dentro del clan, podríamos relacionarlo con cierto temor que a fines del siglo XVIII irradia a toda la clase nobiliaria que empieza a tomar conciencia de no ser ya la estructura social dominante. (Elías, N., 1996: 314-116) El incesto sadiano refleja una visión maniquea en la que el mal se encuentra reflejado en el exterior. Y este mal, según Sade, sólo puede purificarse a través de la promoción y ejecución de las relaciones incestuosas.

Las reglas del buen comportamiento y de pudor, la continencia en el matrimonio, en definitiva, las normas sociales impuestas a todos corren serio riesgo aquí, en donde el vocabulario deja de ser un tabú y juega a alzarse como la referencia destructiva, cruda y directa a los esfuerzos sistemáticos de la Iglesia y las autoridades laicas para construir un nuevo tipo de civilización. En casi toda la obra de Sade aparece una serie de fundamentaciones que corrobora estos desatinos a la moral:

Señora de Saint-Ange en *La Filosofía*:

“...Es absurdo decir que tan pronto como una niña haya salido del vientre de su madre deba, desde entonces, ser la víctima de la voluntad de sus padres y continuar siéndolo por el resto de sus días. En una época en la que la ampliación de los derechos del hombre acaba de ser objeto de un examen cuidadoso, no puede permitirse que las jóvenes sigan considerándose como las esclavas de sus familias, mucho menos aún desde el momento en que consta que ese poder que ejercen sobre ellas es absolutamente quimérico (...) Los deberes paternos, ¿van más allá de los primeros cuidados de orden físico? ¿Acaso no es justo que, quienes son el fruto del placer del macho y de la hembra, gocen de toda su libertad y de sus derechos? Una vez que han aprendido a andar y a alimentarse por sí mismos, ¿acaso se preocupan por conocerlos los autores de sus días? Y ellos, ¿creen que les deben algo a los que les dieron la vida? No, sin duda. (...) Hay algo más ridículo que ver a una joven de quince o dieciséis años, inflamada por unos deseos que está obligada a doblegar, esperar, en medio de unos tormentos peores que los del infierno, que a sus padres les plazca, después de haber ofrendado su desgraciada juventud, sacrificar aún su madurez, inmolándola a su pérfida codicia y casándola a su pesar con un hombre que nada tiene para hacerse amar o que todo lo tiene para hacerse odiar.”
(Sade, 1997: 47-48)

225 { tonon

Y el Señor de Bressac, en *Los infortunios de la virtud*:

“Pero ese ser a quien pretendo destruir es mi madre, es el ser que me ha llevado en su seno. ¿Y qué consideración me merece ello?, ¿A título de qué voy a detenerme?, ¿He de creer que esa madre piensa en mí cuando su lujuria la llevó a concebirme?, ¿Acaso le debo el reconocimiento por haber satisfecho su placer? Por otra parte, no es la sangre de mi madre la que da origen al ser, sino únicamente la del padre; en el seno de la hembra germina, se conserva y madura el feto, pero ella nada aporta. Y ése fue el razonamiento que me impidió atentar contra la vida de mi padre, mientras que hoy juzgo como algo muy simple el acabar con la de la mujer que me ha traído al mundo...”
(Sade, 1999: 51)

Y esto último nos introduce al otro aspecto significativo y central ya mencionado: la noción de crimen. La ética sadiana asume la idea de que en una sociedad criminal, es indispensable ser un criminal. La propia existencia del autor lo ha condenado al patíbulo, y es por eso que sus palabras son intentos de excusarse de sus propios crímenes. Las acusaciones de las que fue objeto y que fomentaron las persecuciones y las encarcelaciones hicieron de él un culpable, y por esta razón, Sade no dejará nunca de ridiculizar a aquellos que, como su familia política, lo han perseguido. Hay

rastros de estos pensamientos en los diálogos que expresan alguno de sus personajes, en este caso a través de la reflexión de Justine:

“El proceso a una desdichada que no tiene reputación y vive en el desamparo, se realiza en Francia sin ninguna tardanza. (...) Hay un prejuicio injusto que ignora la presunción de inocencia; se supone que aquel que ha debido cometer el delito, lo ha cometido efectivamente.” (Sade, 1999: 30)

A través de sus palabras, lo que el autor promueve es el asesinato, pero como conducta destinada a incitar el placer. Su preocupación es manifestar que el hombre puede ser feliz en todas condiciones, partiendo del hecho fundamental de que la felicidad está basada en la sensibilidad, y no en la educación o en una moral fundada sobre el Estado y la sociedad. Como *La Mettrie*, Sade deduce que:

“...todas las formas son iguales ante la naturaleza, y en el inmenso crisol en el que se combinan todas las variaciones, todas las porciones de materia que allí se echan se renuevan incesantemente adoptando nuevas formas. Y cualesquiera que sean nuestras acciones en ese sentido, ninguna ofende ni ultraja la materia, puesto que nuestras destrucciones fortifican su poder y conservan su energía, evitando que ésta disminuya.” (Sade, 1999: 50)

226 { texturas 8-8

De esta forma, el crimen y la destrucción son, para Sade, un acto natural. A partir de aquí, lo que el autor hace es explotar esta filosofía del mal para la satisfacción de los deseos individuales.

En toda su obra el escritor hace referencia concretamente a la muerte, a la aniquilación del objeto sexual para obtener placer. El autor no remite a la simple descripción y justificación de grupos de individuos –libertinos– cuya vida sexual se aparta de la que es habitual, mudando o alterándose el objeto y la meta sexual permitida para la época –la reproducción–. Esta criminalidad pretende ser la fuente del placer, pero los vuelve a sus personajes insensibles y, asimismo, feroces. Todos sus héroes son poderosos por el sólo hecho de que han erradicado en ellos toda capacidad de placer. Es el acto del alma que, habiendo destruido todo en ella, ha acumulado una fuerza tremenda que será identificada con el movimiento total de destrucción que prepara. Si en el estado de aniquilamiento, en el cual el héroe sadiano no siente hacia los peores excesos sino una repugnancia sin sabor, encuentra una última inyección de energía para aumentar esta insensibilidad imaginando nuevos excesos que le repugnan aún más; entonces pasará de la destrucción a la omnipotencia:

“...dejando vagar esa imaginación, dándole libertad para franquear las últimas barreras que podrían oponerle la religión, la decencia, la caridad, la virtud, en fin, nuestros supuestos deberes, ¿acaso no serían realmente prodigiosos estos desvaríos?” (Sade, 199: 65)

El autor considera al dolor y a la destrucción como los medios más intensos, fáciles y espectaculares de los que se valen los hombres para alcanzar el placer. Y en el momento en que éste es el resultado, los procedimientos para arribar a él son naturales, ya que se trata exclusivamente de un estímulo de la naturaleza. Así expresa en los *Infortunios*:

“La naturaleza, madre de todos nosotros, sólo nos habla a nosotros; nada es tan egoísta como su voz, y lo que con más claridad percibimos en ella es el inmutable y santo consejo de deleitarnos, no importa a expensas de quién. Pero los otros, os dicen, pueden vengarse de eso (...) En buena hora; sólo el más fuerte tendrá razón. Pues bien, hemos sido creados por ella para vivir en un estado permanente de guerra y destrucción, y sólo es en ese estado como mejor le servimos y de donde saca la naturaleza mayores ventajas (...) La crueldad no es otra cosa que la energía del hombre, a la que aún no ha corrompido la civilización: es pues una virtud y no un vicio. Sustraeros a vuestras leyes, vuestros castigos, vuestras costumbres, y la crueldad ya no tendrá efectos peligrosos, puesto que jamás podrá actuar sin que sea repelida por las mismas vías. Es el estado de civilización donde se vuelve peligrosa, ya que la persona lesionada casi siempre carece de fuerza o de medios para responder a la injuria; pero también en la vida civilizada, cuando actúa sobre el fuerte, éste responderá de la misma manera y, si actúa sobre el débil, como no hace otra cosa que lesionar a un ser que se somete al más fuerte por las leyes de la naturaleza, no experimentará el más mínimo inconveniente.” (Sade, 1999: 85-86)

227 { tonon

La noción que Sade extrae de un análisis de la naturaleza es de carácter eminentemente negativo e inevitable. De manera tal que sólo restan dos caminos para sobrevivir en este mundo: a través de la exaltación sin límites del papel devastador de la naturaleza, o siguiendo por la senda de la virtud. Si se toma la primera vía, el resultado al que se accederá sería el éxito y la felicidad. Si se continúa por la senda del altruismo, se intentaría paliar los instintos naturales a condición de cercenar la libertad y el placer.

El crimen triunfa en un ámbito en el que el bien resulta ser una carta perdedora. En este sentido, Sade quiere reflejar una realidad socio-política que, lejos de menguar la crueldad de la naturaleza, no hace más que promoverla: recaudando impuestos, empobreciendo y matando de hambre al pueblo, levantando cadalsos, fabricando conflictos, etc. Esto no va a hacer de Sade un defensor de los derechos del hombre¹⁵; si conserva la ley de la sociedad, la idea providencial de Dios, es con el único objeto de favorecer en sus personajes el placer de la desmesura, de transgredir las normas.

El mundo de Sade es un “antimundo” (Didier, B. 1997: 271-273), porque hace de sus escritos una apología de lo que el mundo no debe ser, de lo que el ser humano no debe hacer, al menos para la moral establecida por el Estado. Y no es extraño, entonces, encontrar en la literatura sadiana una escala de valores fuertemente tergi-

versada. Por ejemplo, alentar la práctica de los horrores y los delitos más abominables, en vez de la caridad, la virtud y la decencia; fomentar la pedagogía, pero para el mal, y mostrar cómo la soledad, en lugar de conducir a la elevación del espíritu, acaba por conformar un espacio desenfrenado sin límites ni sanciones. Tal es la moral que se recoge de su obra, y es particularmente notable cuando describe la historia de las dos hermanas: Juliette y Justine. La primera, agraciada por incentivar el morbo; la otra, desfavorecida por defender la virtud. A esto se reduce el pensamiento sadiano: el bienaventurado será el malvado y el condenado el virtuoso.

En cierta medida Sade apela a una inversión de los principios de la sociedad política a la manera hobbesiana, en donde la ley y la virtud, que son fórmulas derivadas de las instituciones públicas y cuyo fin es resarcir a quienes apuntan al bienestar general, interfieren en el interés de los particulares. La sociedad política, según Sade, en lugar de poner fin al caos y al estado de naturaleza, ha cometido el desatino de coartar la capacidad del ser humano de sentir y pensar libremente. Todo esto conducirá a largo plazo a un estado de contención de las pulsiones naturales a tal grado, que derivarán en un desborde incontrolable del ser humano.

En donde observa el autor el peligro de estas imposiciones, es particularmente en la potestad social de los cuerpos. La ética sadiana tiene la particularidad de manifestarse en la sexualidad, pero se ejerce en un ámbito que es el conjunto de la vida social, y es ahí donde se enfrenta a sus límites. Dice *Dolmancé*, el maestro libertino de la *Filosofía*, y en quien podemos depositar parte del pensamiento del escritor:

“Porque las leyes no están hechas para el individuo, y por lo general eso es lo que las pone en una permanente contradicción con el interés, dando por sentado que el interés personal siempre concuerda con el interés general. Pero las leyes, que son buenas para la sociedad, son muy nocivas para el individuo que forma parte de ella; puesto que, para una vez que lo protegen o lo salvaguardan, le molestan y encadenan durante las tres cuartas partes de su vida. El hombre sensato, a pesar de su absoluto por ellas, también las tolera, como lo hace con las serpientes y las víboras, las que, si bien o hieren o lo envenenan, algunas veces pueden ser útiles a la medicina. Él se cuidará de las leyes como lo hará frente a esos animales venenosos; se pondrá a salvo de ellas con precauciones, ocultamientos y con toda una serie de recursos que le brindan la sensatez y la prudencia.” (Sade, 1997: 123-124)

En una sociedad en la que el individuo deja de contar, en la que se sacrifica el hoy por el mañana, la minoría por la mayoría, el sadismo impone una ley moral que libera al individuo privilegiado (ya sea por su condición social o por condiciones naturales de fuerza y energía) de las presiones culturales, para poder sojuzgar mejor a los otros como simples objetos de sus placeres. (Delon, M., 1998: 47)

A través de este sistema de pensamiento, lo que el marqués de Sade introduce es una suerte de descargo cuyo epicentro es la soledad de los 27 años que ha tenido que

pasar en prisión. En esos períodos el marqués sufre, se enoja, despotrica contra todo un sistema social montado por el Estado absolutista francés que lo ha inculcado como a un canalla y lo ha relegado al oprobio y al silencio. Desde la cárcel escribe febrilmente farragosas historias de perversiones, excesos y crueldades con el doble intento de escandalizar al lector y viabilizar su propia defensa. Si su condena y su caída social son el fruto de las persecuciones de las que ha sido objeto por sus propios desórdenes sexuales, es a partir de la referencia a la sexualidad desde donde agitará su crítica y desde donde vehiculizará la posibilidad de desestabilizar y derribar un orden social que desprecia y que ya no le asegura el mantenimiento de sus privilegios.

Bibliografía

- Altamirano, C. y Sarlo, B** (1983). *Literatura/Sociedad*, Hachette, Buenos Aires.
- Didier, Béatrice** (1997). *Sade*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Eagleton, Terry** (1997). *Ideología*, Paidós, Barcelona.
- Elías, Norbert** (1996). *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund** (1968). "El malestar en la cultura", en *Freud, Sigmund Obras Completas*, Vol. III, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Goulemot, Jean Marie** (2001). Las prácticas o la publicidad de lo privado, en Ariès, P y Duby, G. *Historia de la Vida Privada*, T. 3, Taurus, Madrid.
- Klossowsky, Pierre** (1970). *Sade, mi prójimo. Precedido por El filósofo malvado*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Lange, A.** (1903). *Historia del materialismo*, Daniel Yorro Editor, Madrid.
- Massotta, Oscar** (1979). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, Gedisa. Barcelona.
- Muchembled, Robert** (1976). *Culture populaire et culture des élites dans la France Moderne (XV-XVIII siècles)*, Flammarion, Paris.
- Pauvert, Jean Jacques** (1989). *Sade, una inocencia salvaje (1740-1777)*, Colección Andanzas, Vol. I, Tusquets Editores, Barcelona.
- Sade, Marqués de** (1982). *El presidente burlado y otras páginas*. Biblioteca Básica Universal, Tomos I y II, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Sade, Marqués de** (1997). *Filosofía en el tocador*, M.E. Editores, Madrid.
- Sade, Marqués de** (1999). *Los infortunios de la virtud*, Edimat Libros, Madrid.
- Serna, Pierre** (1992). "El Noble" en Vorrelle, Michel y otros *El hombre de la ilustración*, Alianza, Madrid.

Notas

¹ La obra de Sade consta de gran cantidad de variedades literarias (novela, cuento, teatro, ensayo, relatos autobiográficos), pero prestamos especial atención a aquellos textos en los que se transparenta una dimensión honda de su pensamiento, considerando especialmente el relato de

ficción y las obras de carácter autobiográfico. Estas últimas categorías se tienen especialmente en cuenta porque son algunos de los referentes principales de las nuevas prácticas literarias del siglo XVIII. En la edad del clasicismo asistimos a la emergencia de categorías que movilizan los nuevos objetos que la literatura se asigna, esto es, la búsqueda interior. A partir de aquí, encontramos la multiplicación de diarios íntimos, memorias, autobiografías, relatos pornográficos, que se unen en un entrecruzamiento complejo de prácticas de escritura que apuestan a la búsqueda del propio yo. Cfr. Goulemot, Jean Marie. *Las prácticas o la publicidad de lo privado* (2001). En: Ariès, P y Duby, G. *Historia de la Vida Privada*. T. 3. Madrid. Taurus, 347.

² Creemos necesario aclarar que podemos englobar todas estas rotulaciones bajo el término *ideología*, no sin antes precisar que este concepto posee, de por sí, amplias acepciones. Según Terry Eagleton, un analista de este término, la ideología es un tipo de discurso en que están representados "los puntos en que el poder incide en ciertas expresiones discursivas y se inscribe tácitamente en ellas". Siguiendo a este autor, en la ideología encontramos la relación existente entre cualquier tipo de expresión y sus condiciones materiales de probabilidad, es decir, las condiciones de reproducción de estas expresiones derivadas de luchas de poder. A partir de aquí debemos también aclarar -con respecto a aquello que dijimos sobre la subjetivización de las formas discursivas- que aunque la ideología está centrada en un sujeto, no puede resumirse en la mera subjetividad, ya que hay efectos que superan lo puramente individual y son generados por intereses sociales. Cfr. Eagleton, Terry (1997) *Ideología. Una introducción*. Barcelona. Paidós Básica. Cap. 1, 19 a 57.

³ Esto corresponde a una proposición de Bajtin, quien define a la literatura a partir y en la ideología. En: Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. Op. Cit.: 48.

⁴ Concepto derivado de una proposición de Pierre Bourdieu, que determina como *habitus*, al "conjunto de disposiciones socialmente adquiridas e inscriptas en la subjetividad de los miembros de un mismo grupo o clase". Remitido de: Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. Op. Cit., 81. Este concepto al que apelamos involucra un campo semántico similar al de la ideología que referíamos en nota anterior. Lo que Bourdieu presenta a través de su *habitus* son los mecanismos por medio de los cuales la ideología incide en la vida cotidiana. Para ampliar esta consideración véase Eagleton, Terry. Op. Cit., 200-202.

⁵ Su familia es una de las más antiguas de Provenza y sus armas llevan gules con una estrella de oro ornada de un águila de sable cebo y coronada de gules. Sade nace en la mansión del gran príncipe de Condé, situada en aquella época en el actual emplazamiento del Odeón, donde su madre -la señorita de Maillé Carman, de soltera- fue dama de honor de la princesa, y en virtud de ello, emparenta a su primogénito con la rama de los Borbones. De su padre, Jean -Baptiste de Sade, señor de Saumane y de La Coste, diplomático, mariscal de campo de los ejércitos reales y gobernador general de las provincias de la Bresse, Bugey, Valromey y Gex, hereda su título nobiliario, que se remonta al siglo XII.

⁶ La víctima, una sombrerera llamada Jeanne Testard, informa en su declaración que el hombre (cuyas características apuntaron directamente al marqués de Sade) la hizo entrar en una habitación en cuyos muros habían crucifijos y estampas que representaban desnudos y figuras indecentes. Allí la obliga a ver y a escuchar varias composiciones en verso llenas de impiedades, contrarias a la religión. Es muy posible que el "desgraciado libro" corresponda a

este cuaderno de notas que contenía las composiciones que el libertino había leído a Made-moiselle Testard. Cfr. Pauvert, Jean Jacques (1989) SADE. *Una inocencia salvaje* (1740-1777). Vol I. Barcelona. Tusquets Editores, 131-132.

⁷ "Todo indica que alrededor del 18 de abril se comenzó a imprimir el nombre de Sade, pues el primer documento del género que nos encontramos es esta 'Suite de Paris, le 18 avril-1768-', aparecida en la *Gazette d'Utrecht*." - (Continúa con la transcripción de la noticia). Cfr. Pauvert, Jean Jacques. Op. Cit., 195.

⁸ En lo que respecta al ambiente eminentemente artístico de la Francia del siglo XVIII, el florecimiento del Rococó demuestra ser una expresión del orden socio-político establecido por el absolutismo de Versalles. Es un arte erótico, para epicureístas y ricos, que en nada tiene que ver con las consignas morales que intenta destilar la Iglesia y la Corte. En cierta medida, el modelo artístico de la corte se contrapone con el sistema de coacción impuesto al resto de la población. La sociedad frívola, gastada y ociosa que colma los jardines de Versalles o que disfruta de la comodidad de sus mansiones en la elegante París, es el motor de este desarrollo artístico que tiene en Watteau y en Marivaux a sus más notables exponentes. Ambos artistas son representantes de una franja de tantos otros pintores, escritores, músicos, que como ellos se encuentran en un espacio transicional. Y es esta idea de eslabón entre lo viejo y lo que vendrá, lo que hace de estos protagonistas seres incomprendidos para la sociedad de la época. Algo así ha ocurrido en cierta medida con el marqués de Sade y es por eso que lo podemos ubicar como un escritor de transición.

⁹ Una moral organizada y ejecutada por las capas dirigentes, destinada a imprimir una uniformidad a los distintos modelos de sociabilidad presentes en las distintas clases sociales de la Francia del siglo XVIII. Esta tabula rasa actúa coactivamente sobre los sujetos, privándoles de su libertad e individualidad y los inserta en un modelo de sociabilidad que tiene como eje la coerción de los cuerpos y la sumisión de las almas. Este modelo cultural actúa desde la unidad primera de la sociedad –la familia–, pasando por la escuela y otros ámbitos de sociabilidad franceses, hasta los más recónditos dominios de la intimidad. Su vórtice es la corte, y de allí la espiral gira hasta captar a las clases populares, en principio totalmente ajenas a la vorágine moralista de la Iglesia y el Estado. Así, el individuo es invadido por la vigilancia colectiva y, a la vez, es confinado al silencio por el avance triunfante de las ideas de prohibición y penalización. Lo que importa ante todo es lo visible, lo aparente. La sensualidad, el cuerpo, los afectos espontáneos, todo va perdiendo expresión ante el allanamiento de estos gestos naturales y cotidianos al camino de la negación total de la intimidad. Se va conformando en torno a una sociedad francesa y europea, que está en pleno proceso de reorganización y redistribución del poder, una estructura civil en la que cada individuo o grupo social debe exponerse y valorarse según el ritual social que le corresponde.

¹⁰ Es notable en este punto la influencia de la moral que La Mettrie supo transmitir en su *Discurso acerca de la felicidad*. En él, el autor expresa que la felicidad del hombre se basa en el primado del placer que en todas partes es el mismo, para todas las personas, buenas y malas, sabias o ignorantes; sólo se diferencia la cualidad de ese placer (más profundo, menos profundo, más grosero, más delicado, etc.) Cfr. Lange, A. (1903) *Historia del materialismo*. Madrid. Daniel Yorro Editor, 391.

¹¹ Este concepto pertenece a Robert Muchembled, según el cual, en la Francia de los siglos XVII y XVIII, se dominó el libre uso de la naturaleza a través de los nuevos mecanismos de dominación de los individuos. Por medio de ellos se condujo a un reforzamiento del poder de la elite sobre la vida política y social del país. Toda la sociedad (nobles o sectores populares) practicaba las nuevas virtudes. Cfr. Muchembled, Robert (1976) *Culture Populaire et culture des élites dans la France Moderne (XV - XVIII siècles)*. Paris. Flammarion, 251-252.

¹² Freud entiende como Complejo de Edipo a la ligazón amorosa del niño con el progenitor del sexo opuesto y la hostilidad contra el progenitor del mismo sexo. Hablar de Complejo de Edipo en la teoría psicoanalítica significa entonces referirse a las relaciones más tempranas del niño con el objeto primordial, la madre, el valor "sexophoro" de los primeros cuidados maternos. La teoría del desarrollo de la libido, la teoría de las etapas (oral, anal, etc.), es la historia de la sexualización del cuerpo en un mal lugar (contacto con el cuerpo de la madre, esa sexualidad que le estará prohibida). Pero la peculiaridad fundamental de este aprendizaje consiste en que con quienes se aprende es con quienes no podrá lo aprendido ser utilizado. El lugar edípico de las relaciones del sujeto infantil con sus padres es el sitio donde incidirá ese impedimento de hecho que se llama prohibición del incesto. Si la prohibición no incidiera sobre los datos del aprendizaje sexual, si no "marcara" al cuerpo erógeno del sujeto, podría ocurrir hasta la ruina completa de su historia de ser sexuado. Dicho corte es la *castración* o "castración simbólica" a la función positiva del corte. Cuando se habla de castración se debe poder significar por lo menos los dos lazos que constituyen el complejo: no solamente la amenaza en el hombre y la envidia del pene en la mujer, sino además, el momento por donde el sujeto queda separado de su ligazón "incestuosa" con la madre para darse un objeto fuera del grupo familiar. Cfr. Massotta, Oscar (1979) *Lecciones de Introducción al psicoanálisis*. Vol I. Barcelona. Gedisa, 111-120.

¹³ Conviene citar aquí las características particulares que adquiría el dominio social de los cuerpos en la familia durante el absolutismo. Los cuerpos de los infantes, desde el nacimiento hasta el casamiento, aprendían los gestos de sumisión y la obediencia pasiva de sus padres, en particular de su padre. Estos podían decidir su futuro, su matrimonio y su sexualidad. Las relaciones entre los padres y los hijos aparentaban plegarse a un ceremonial propio que acentuaba la disciplina y disminuía la intimidad. Más insidiosamente, la actividad de los tribunales judiciales reforzaban los gestos de la sumisión a los padres. A través de diferentes sentencias, la justicia presentaba el modelo ideal del padre que vigilaba bien a sus esposas y a sus hijos; que prohibía toda desviación sexual y que disponía de una autoridad casi sin límites sobre su familia. Así, como la sexualidad estaba reprimida, los cuerpos estaban sujetos a la obediencia total de la voluntad de los padres de familia. Cfr. Muchembled, Robert. Op. Cit. Pp. 244-247.

¹⁴ Nótese aquí, nuevamente, el papel totalmente pasivo que encarna la mujer.

¹⁵ Lo notable es que, a lo largo de su vida, Sade lleva adelante una defensa del poder real y los privilegios aristocráticos, con un tibio coqueteo con la experiencia republicana. En todo caso, más allá de estas ambigüedades, es su propia circunstancia lo que lo preocupa y lo obsesiona día y noche en la cárcel. Entonces supone que, si sus gustos peculiares, sus vicios y sus pasiones literarias lo han relegado al encierro y a la soledad, pues bien, es a través de la soledad y la supremacía del mal como confirmará sus elecciones.